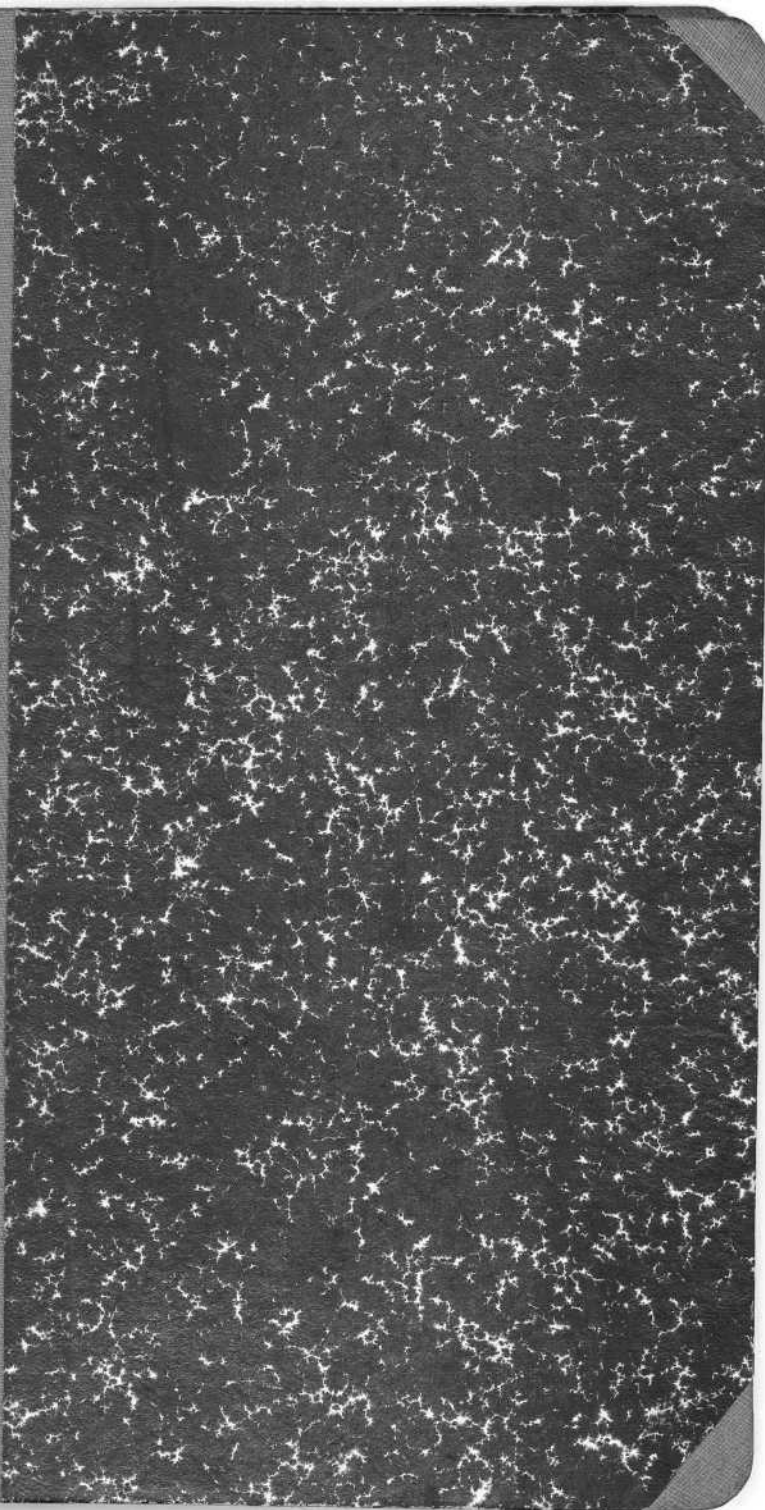


8.





EL PRIMER HISTORIADOR = DE LUGO =

CONFERENCIA EN EL CENTRO GALLEGO
DE MADRID

POR

D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ

Ex-Magistral de Lugo,

de las Reales Academias Española de la Lengua,
de la Historia, de Bellas Artes de San Fernando,
de Ciencias Morales y Políticas, de Galicia, de
Buenas Letras de Sevilla, de la Artístico-Arqueo-
lógica de Barcelona, del Instituto de Goimbra, de
la Societé Archeologique du Limousin, de la
Arcadia de Roma, etc.



TARRAGONA
IMPRESA DE JOSÉ PIJOÁN
MÉNDEZ NÚÑEZ, 5.
1918

*Al Ayuntamiento de Lugo,
modelo de honradez en la ad-
ministración y de celo y solici-
tud en promover el bien moral
y material del pueblo, dedica
esta insignificante conferencia
acerca de un lucense, en re-
cuerdo de los insignes favores
recibidos y en señal del firme
propósito de esforzarse en co-
rresponder a ellos,*

† *El Arzobispo de Tarragona*



EL PRIMER HISTORIADOR DE LUGO



SEÑORES:

Yo voy a Galicia con la frecuencia que me es posible. Tierra mía adoptiva, lugar de mi nacimiento a las luchas de la prensa, comienzo de mi vida oficial, punto de partida para los ascensos en mi carrera, verdadero oasis de ventura en el desierto de una existencia penosa, cuando allí estoy me parece estar en el regazo de una madre.

Bien mirado, el Bierzo, el país de mis padres y de mi infancia, es Galicia. Fué provincia aparte, y de cuando eso era conservo yo curioso mapa del que un illustre berciano, D. Severo Gómez Núñez, siendo director del Instituto Geográfico y Estadístico hizo sacar varias copias. Si como tal nuestros centralizadores no quisieron considerarle, deberían, a lo menos haberlo

incorporado a alguna de las provincias gallegas, no ignorando los famosos dichos de ser la antesala de Galicia y de que Galicia es la huerta y Ponferrada la puerta.

Nuestro río berciano, el Sil, el de las arenas y pepitas de oro, el de las truchas sin comparación finas y sabrosas, el de los saltos capaces de engendrar poderosísima fuerza, es puente movable que junta dos territorios llamados a porvenir riquísimo, porque sus entrañas rebosan de hierro, que domina todos los metales, y de carbón, el oro negro, que todos los funde; y el vulgo le venga de una injusticia parecida a la que tantas personas sufren, con decir que «el Sil lleva el agua y el Miño la fama».

En vuestro suelo como en el mío los prados que lo alfombran y lo envuelven en mantos de verdura, vencen en brillo y reflejos a las más puras esmeraldas; y las fuentes, cuyo líquido fecundador llena las venas providas ramificadas y entrecruzadas por los valles de vegetación prodigiosa y de sinuosidades poéticas, al brotar y discurrir por entre el césped aterciopellado, por entre árboles que para mejor verlas inclinan la frente coronada con guirnaldas de pomas y de nidos, nos regalan con sus dulces arrobadores mummullos que parecen besos y suspiros de la madre tierra; y recorren los aires, para encanto de los ojos

y delicia del oído, esos iris de pluma, esas flores voladoras, las oropéndolas, que fabrican sus lechos en el vacío y los dejan colgados en el espacio con hebras delicadísimas, cuall si los brazos de las plantas y los senos de las rocas no se les figuraran bastante puros; y serpean lozanas y exuberantes por las lladeras de los antiguos castros hasta alcanzar las cumbres las vides, en busca de los rayos de la luz para dorar sus racimos y de la alegría del sol para diluirla en sus jugos de donde extraen las abejas miel salutífera, como ninguna olorosa.

En ambos países la lumbre solar para no herir y dañar la retina, se cierne y tamiza e infiltra a través de sutiles nubes, como en las historiadas cristalerías de los templos góticos, dando al horizonte el aspecto solemne y místico de un santuario; y las nieblas que entre el cielo y la tierra, medio de comunicación de ambos, de ésta nacidas y en aquél purificadas, vienen a posarse sobre los copudos bosques de pinos, de robles y de castaños rumorosos, al haber de huir perseguidas por los rayos ardientes del rey de los astros, dejan escapar lágrimas de tristeza, que gotas de lluvia parecen y al tocar el suelo se transforman en flores; y los atardeceres y las alboradas tales tintas y tonalidades de placidez, de dulzura,

de reposo, de misterio presentan, que transportan el espíritu a la encantada región de los sueños, y les suben sobre las terrenales miserias haciéndole añorar paraísos perdidos y esforzarse a la conquista de sobrenaturales mansiones.

Sí; cuando estoy en mi casa veraniega del Bierzo, estoy en uno de los extremos de Galicia. No pudiendo ahora ir allá, compláceme grandemente el hallarme aquí, entre gallegos, como eran gran parte de mis compañeros de estudios en el Seminario de Astorga, como lo son muchos de los amigos cuya imagen reside en lo más indelible de la memoria y en lo más adentro del corazón.

Es éste el hogar de los galicianos en Madrid; una prolongación de Galicia hasta lo más interior del país castellano, donde tanto se nos aprecia y al que estamos por el lazo patriótico tan unidos. A la manera que se entra en la patria cuando se ha penetrado en el pallacio de una Embajada de la misma, yo me considero en la patria galaica; porque me parece éste el local de la Embajada que ella, la más leal siempre de las regiones españolas al sentimiento de la unidad nacional, envía al centro de población que como cabeza a todas preside.

En la tierra, por la vida de tantos héroes del cristianismo consagrada, donde se meció vuestra cuna, admiré

la práctica fervorosísima de excelsas virtudes, entre las cuales sobresale y campea el agradecimiento. Al tiempo que allí estuve atribuyo el sentirme tan inclinado a corresponder a los favores que se me dispensan. Me favorecisteis franqueándome las puertas de este suntuoso local donde tantas demostraciones se advierten de vuestro amor a la cultura, a la beneficencia y al socorro mútuo; y acabáis de aplaudir los elogios con que abrumó mi insignificancia literaria el exministro Sr. Espada, vuestro ilustre Presidente. En retorno de tales pruebas de aprecio que nunca podré estimar en lo merecido, no teniendo otra cosa que daros os ofrezco un exiguo fruto de mi menguado ingenio, un trabajo acerca de una de vuestras glorias literarias, cuyas obras estudié en otra ocasión, faltándome hacerlo de su persona, para pedir que su recuerdo se glorifique; con lo que tendré el gusto, para mí el mayor siempre, de honrar a nuestra madre la Iglesia honrando a uno de sus sacerdotes.

Lugo, a fuer de pueblo de Galicia, se ha distinguido siempre por la virtud del agradecimiento. Cuando tiene o juzga tener una deuda de gratitud, se apresura a saldarla; y lo hace con creces. Si no me disgustara hablar de mí, yo mismo pudiera citarme como prueba. Ningún suelo más fe-

cundo para que fructifiquen los favores recibidos, los cuales en él hacen brotar pronto siemprevivas espléndidas de perdurable reconocimiento. Más perennemente aun que en los mármoles donde los graban, están inscritos en los corazones de los hijos de aquella ciudad los hechos con que se la ilustra, prospera o enaltece.

Hay una sola persona que no recibió todavía el homenaje por tantos conceptos merecido, el canónigo don Juan Pallares y Gayoso. Primer historiador, historiador casi único de la ciudad del Sacramento, sus alabanzas las consigna la Historia, pero no la leereis en ningún monumento, ni en alguna lápida ni en cualquier inscripción que se deba a iniciativa ni acuerdo de aquel Municipio. Cinco obispos nacidos en extraño suelo tienen dedicada calle en Lugo; y no la tiene el clérigo por mil títulos ilustre que nació dentro de sus murallas. Otro sacerdote recibió ese honor, el doctor Castro. Lucense como Pallares se diferenciaba de él en que sus magníficos libros, *Dios y la naturaleza*, *Las leyes y sus intérpretes*, no se referían para nada al lugar de su nacimiento. Gloria es de un pueblo el tener hijos sabios; pero más les debe cuando ellos emplean la sabiduría en glorificarlo.

No se me alcanza cómo ciudad tan pródiga en devolver honores a to-

dos aquellos de quienes recibió beneficios, nada haya hecho para honrar la memoria del que le consagró todas las luces de una inteligencia poderosísima y todos los anhelos de un corazón noble y ardiente. Yo estoy convencido de que no tardará en repararse eso que no me atrevo a calificar de ingratitud. El Ayuntamiento lucense actual, modelo de civismo y de amor patrio, es seguro que no consentirá pase mucho tiempo sin sacar de la oscuridad y del olvido a uno de los grandes hombres que más honran aquella ciudad, con ser cuna de tantos por tan diversos títulos ilustres; y para que lo haga así, los que tengamos alguna influencia debemos interponerla toda.

Naturales de Galicia como él, unidos en el amor a la misma madre, ciudadanos muchos de la república de las letras gallegas donde ocupó sitial tan preeminente, considerad como vuestro el honor que él reciba.

En 1904, desde el periódico de Monforte *La Opinión*, el presbítero D. Ramón Castro López, hermano del docto escritor que tanta honra da a las letras gallegas en la prensa argentina, preguntaba, recordando lo que Pallares, el único historiador de Lugo, había hecho para promover la devoción al Santísimo y el culto mariano: «¿No habrá un lucense que levante la bandera de la gratitud en favor del

aquél a quien tanto deben nuestra religión y nuestra pequeña patria?»

Concretando su interrogación, me atrevo a preguntar ahora: ¿En qué manos esa bandera estaría mejor que en las vuestras? ¿Quién como el Centro Gallego de Madrid podría llevarla a la victoria, a conseguir lo que tanto deseamos y es de tan absoluta justicia?

Si creéis que tengo yo alguna influencia y puedo emplearla en honrar la memoria del canónigo historiador vuestro, decidme cómo; si para el monumento con que se la perpetúe necesitais mi dinero, decidme cuánto. Por de pronto aprovechando vuestra bondad diré dos palabras sobre la obligación que a todo gallego incumbe, y más siendo de la diócesis lucense, de mostrársele agradecido y rendir culto a su memoria. Hijo adoptivo yo de la ciudad que él llamaba madre, canónigo del mismo cabildo y sucesor en la misma prebenda, aficionado en mi insuficiencia a los estudios en que fué maestro y habiéndole tenido por norte y guía en diversas de mis investigaciones, nada más grato puede serme que dar a conocer su gigante figura, orlada con la auréola de la ciencia y de la virtud. Democrático como soy y nacido, para honra mía, en el fondo de las últimas capas sociales, no citaré por mérito suyo el haber pertenecido a una de las

familias más linajudas y nobles de Galicia: descendía de los Ovekiz, emparentados con reyes, famosísimos durante dilatadas centurias en la Historia Gallega, cuyo exagerado regionalismo y ardiente amor a los fueros locales púsoles más de una vez la espada en la mano contra el poder central resistiendo al abrigo de las murallas lucenses a los ejércitos de muy poderosos monarcas. Un hermano suyo rehabilitó para sí y sucesores el título antiquísimo y celebérrimo de conde de Pallares.

Con los pergaminos conservábase en su casa buena parte de las vinculadas riquezas; y así se comprende sus cuantiosas limosnas, sus rasgos de beneficencia y de amor a los desvalidos, y demostraciones de su piedad como el precioso retablo, las magníficas rejas y otras obras de la capilla catedral de la Virgen, a la que adornó con lámparas, tapices, colgaduras y joyas y alhajas valiosísimas, y cuyo culto, muy solemne y dispendioso, corría de su exclusiva cuenta.

No fué hombre entregado por entero al estudio, metido siempre en archivos y bibliotecas, con el pensamiento en los siglos que pasaron; durante su dilatada vida que principió en 1614 y tuvo fin cuando su siglo, ejerció notable y ventajosa influencia en el pueblo y en la diócesis de Lugo. Para varios Obispos era la persona

de confianza, y en el Cabildo fué siempre el consultor obligado y como el director y jefe, aunque para ello no le autorizaba su prebenda. Las comisiones más delicadas y espinosas a su prudencia y actividad se confiaban. Para representar al obispado en la Junta Nacional que reunió en Madrid Felipe IV acerca del misterio de la Inmaculada Concepción, nadie fué juzgado con más títulos; y su intervención en ella no pudo ser más brillante y provechosa. Los honores de que se le colmó son otra prueba de la estimación en que se le tenía.

Celebrábase y se admiraba, sobre todo, su acrisolada virtud, que servía de edificación general. La mortificación, la gravedad, el recogimiento, la mesura, la prudencia, cualidades eran que singularmente resplandecían en su persona. A los piés de Jesús Sacramentado, que por privilegio único está día y noche a toda hora manifestado en la ciudad lucense, pasaba mucho del tiempo que podía restar al descanso; y era asimismo su delicia permanecer arrodillado ante la efigie de nuestra Señora de los Ojos Grandes, que desde época inmemorial fué venerada por Galicia entera, adquiriendo celebridad tan extraordinaria que los reyes, y príncipes y peregrinaciones numerosas venían a visitarla.

Aun sin estar obligado al confeso-

rio, lo tenía concurridísimo; y fuera de él eran muchas las personas que acudían a consultarle. «¿Qué consuelo escribe un biógrafo contemporáneo suyo, qué consuelo no hallaban en su trato las almas más afligidas? Qué tranquilidad las conciencias más escrupulosas? Qué concordia las familias más encontradas? Qué dirección las personas más virtuosas? Finalmente ninguno acudía en sus ahogos y cuitas a este común bienhechor, consultado de todos como oráculo, que no saliese de su comunicación y presencia alegre, remediado, y satisfecho.» En asistir a la cátedra de Teología Moral, donde ilustraba con las luces de sabiduría a los futuros clérigos de la diócesis, era exactísimo. Y antes y después del curso académico, tenía el aula abierta dando explicaciones y conferencias a numerosos oyentes. Por la reputación de santidad que le adjudicaba el público, fué comunmente creído milagroso el curarse de una enfermedad terrible luego que se encomendó a la Celestial Patrona de Lugo, cuya devoción en el vecindario por tantos medios con la mayor eficacia había promovido.

Sobresalió entre las dotes de su carácter la entereza varonil, la constancia inflexible, el ánimo heroico, para no retroceder ni vacilar cuando se trataba de cumplir una obligación. Humildad como la suya difícilmente se

encontraría: hasta en la muerte dió ejemplo de ella, disponiendo se le enterrase no donde los otros prebendados, o sea entre el coro y la capilla Mayor, sino *en el lugar más infimo de las postreras naves*, que es donde hoy sus restos descansan. Pero si no era nada terco en sostener sus opiniones, si fácilmente se doblegaba ante el deseo de los otros, si no se curaba de defender la propia conducta dejando a Dios este cuidado, manifestóse extremadamente celoso en poner a salvo los fueros y preeminencias de la corporación a que pertenecía; porque, como él dejó escrito, «no hay prebendado que permita que la Iglesia que le dió el ser, sea menoscabada en su autoridad».

Citaré sólo dos muestras por referirse a sucesos de que se habló mucho. Siendo Juez del Cabildo, hubo de castigar a uno de los Capellanes de éste. Llevólo a mal el Provisor del obispado y le mandó levantar la pena. Negóse Pallares, por entender que sería en menoscabo de la jurisdicción capitular; y antes que transigir prefirió la cárcel. Nueve meses estuvo en prisión sin rendirse a mudar de parecer, hasta que se le excarceló de orden del Metropolitano de Compostela, concedor del atropello. No se contentó con este triunfo, y acudió a la Nunciatura, consiguiendo escrito favorable a todas sus pretensiones, que

por medio año se fijó en las puertas de la misma cárcel de que había sido huésped contra toda justicia.

Otro caso digno de no omitirse fué la defensa de los derechos del Cabildo sobre la capilla de la Patrona de Lugo. Solo en aquella coyuntura, teniendo en contra la opinión de todos los capitulares, logró por fin que se realizara su deseo. Muy pobre la catedral, contra lo que generalmente se dice de las grandes riquezas eclesiásticas, habiéndose ofrecido un devoto, que de príncipe era calificado, a embellecer la expresada Capilla y sufragar espléndidamente todos los gastos de su culto, con la única condición de cederle sobre la misma el patronato, a todos pareció la proposición muy ventajosa no siendo a él, que prefería una iglesia menos rica a una iglesia menos libre. Puso en juego toda su influencia, usó de la autoridad y crédito que unánimemente se le reconocía, consiguiendo que sus compañeros, además de revocar lo acordado, se comprometieran mediante escritura pública, por sí y sucesores, a no enagenar nunca ni por ningún motivo el patronato mencionado. El escrito que en defensa de éste publicó, es obra doctísima como suya, que justamente mereció los calurosos elogios de los catedráticos, teólogos y canonistas, de muchas universidades.

Digno de todo encomio es igualmente su impreso en demostración de la antigüedad de hallarse, sin que se reserve nunca, expuesta la Sagrada Eucaristía por privilegio singularísimo en la catedral luguesa, y de la gloria que por ello al país galaico se le seguía. Su elocuencia fué allí tan poderosa y su argumentación tan convincente que el Reino de Galicia se ofreció a contribuir cada año a perpetuidad con un cuantioso donativo, del cual aun se cobra parte, para el culto de Jesús Sacramentado.

No menos ardor y entusiasmo que en la defensa de su iglesia, mostró en defender a los obispos de Lugo. Sirva de ejemplo lo ocurrido en el pontificado del Sr. Velez de Valdivieso. Este animoso Prelado, que como todos los de Lugo era señor temporal y gobernador civil de la población y su comarca, viendo a Galicia sin defensa por haber acudido sus tropas en auxilio de Fuenterrabía estrechamente sitiada por el Príncipe de Condé, temiéndose que de un momento a otro la Coruña sufriese el desembarco de la poderosa escuadra al mando del arzobispo de Burdeos, reunió cuanta gente de armas llevar pudo, sin exceptuar a los clérigos, y con lucida hueste en el año 1640 fué a socorrer a la patria en peligro. Lo que él juzgó cumplimiento de un deber inexcusable, fué censurado sin

piedad por los que entonces como hoy quieren un clero de misa y olla metido en la sacristía y ajeno a todo interés social y patriótico. Pallares se sublevó contra tamaña injusticia, asqueado de ver cómo se pagaba tan relevante servicio; y cogiendo la bien cortada y fajante pluma, hizo morder el polvo a los inícuos osados detractores. El defendido quedó tan satisfecho y entusiasmado, que hubo de exclamar: «Con este papel tengo toda la defensa que manifiesta el acierto de mi proceder; y, así, lo estimo tanto como la Mitra».

Defensor acérrimo de la Iglesia española, intervino ruidosamente en el tan debatido asunto de la contribución llamada de millones que algunos Pontífices habían permitido se impusiese por los Reyes a los eclesiásticos. Su escrito, motivado por otro del obispo Palafox, obtuvo resonancia inmensa. La solidez de sus argumentos, lo contundente de su lógica, la claridad en la exposición se estimaron hasta tal punto que además de enviarse, en 1657, a todos los obispos y cabildos, se repartió muy profusamente por España.

Con su virtud y celo por la gloria divina corría parejas la ilustración, varia, extensa y profunda. No es de extrañar, sabiéndose que a las naturales extraordinarias luces juntaba una afición insólita a la lectura y al estu-

dio, tan grande desde la edad más temprana, que sus padres le tenían que guardar los libros durante el recreo y vigilarle de noche para que no diese al trabajo intelectual el tiempo requerido para el descanso y el sueño. Cursada en el Seminario de su pueblo con singular adelanto y perfección la Gramática y la Retórica, pasó a la Atenas de Occidente, a Santiago, donde pronto se le vió sobresalir entre todos los escolares. Obtenida con general aplauso una beca en el Colegio de San Clemente, recibido por unanimidad de sufragios en premio de muy notables oposiciones el grado de Doctor, después de ejercer algún tiempo como pasante el Profesorado de manera competentísima, al vacar en Lugo la Magistralía de Lectura concurrió a ella y la ganó en la temprana edad de veinticuatro años.

Orador fervorosísimo, encargado por su corporación de los sermones más difíciles y de compromiso más grande como en las honras fúnebres, improvisaba con tal facilidad que no una vez sola se le vió subir al púlpito sin preparación próxima ninguna por indisponerse de pronto o por otra causa faltar predicador.

En todos sus escritos luce y campea una erudición que verdaderamente pasma, reveladora de lección continua y atenta durante muchos años,

pero admírase principalmente en la obra, cuyo rótulo es, reducido a sus menores términos, *Fundación y grandezas de Lugo*. Por millares he contado en ella las citas, hechas con indicación detallada admirable; y desde luego se ve que no son rebuscadas, ni revelan el menor artificio, antes acuden espontáneamente a los puntos de la pluma, sin violencia ni esfuerzo, como el agua que brota por mil caños de manantial muy abundante. Además de los libros sobre disciplinas de su carrera, fuéronle familiares otra infinidad pertenecientes a diversas ciencias profanas. Los autores de Historia, a fin de aprovecharlos para la suya, terminada pocas horas antes de terminar su vida, eran los que atraían su predilección. No será temerario afirmar que de cuantas obras tratan de sucesos en España y singularmente en Galicia ocurridos, ni una sola se ocultó a su diligencia y dejó de ser con detenimiento consultada.

Desgraciadamente gran número de ellas se limitaban a transcribir o comentar los falsos Cronicones, estúpidos engendros de la malicia de cuatro desaprensivos bellacos; y de tan absurdas crónicas y de tan poco avisados o criminales comentaristas sacó nuestro autor, como de cantera, por lo fácil, abundantísima, y de filón, por poder explotarse a capricho, siem-

pre inexhausto, los materiales que le convenían para rellenar los huecos que la falta de escrituras dejaba en la Historia de Lugo.

¿Era como muchos otros, cuya raza no ha perecido enteramente, partidario del dolo pio, de fomentar o dejar correr toda clase de patrañas con tal que redundasen en gloria del catolicismo y sirviesen de edificación a los fieles excitándolos a las prácticas religiosas? No; puede tacharsele de crédulo, pero no de falsario. Algo su piedad ferviente le cegaba quizá para no ver entre el brillo simpático de algunas relaciones devotas lo que había en ellas de fingido. Su misma rectitud, su horror a la mentira, su deseo de acertar en todo, fueron la principal causa de que, juzgando a los demás iguales a él, no advirtiese el engaño y tomase como oro legítimo las escorias esparcidas por escritores caprichosos o interesados sin respeto ninguno a los fueros de la verdad, que deben estar sobre toda otra consideración.

Por muy anchas que fuesen sus tragaderas en materia de Santos y milagros y reliquias, aunque tan propenso a dar fe a cuanto se ponía en letra de molde, estaban tan mal urdidos, eran tan de bulto los embustes de Roman de la Higuera y Lupián de Zapata en sus, para siempre malditos sean, inventados cronicones,

que al claro entendimiento de nuestro autor, por mucho que la voluntad movida por nobles pasiones le inclinase a suscribirlos, no se había de ocultar a veces lo absurdo de la trama; pero lejos de sacar por el hilo el ovillo y tener a tales libracos en el desprecio en que hoy todo el mundo los tiene, achacaba las patrañas más groseras a mala inteligencia del original y a descuidos de los copistas o se entretenía en buscarles excusa y atenuación.

Es difícil, señores, luchar contra la corriente de las preocupaciones dominantes, de los juicios pasados definitivamente en autoridad de cosa juzgada, de las ideas encarnadas ya en hechos y defendidas por los intereses creados; y descubrir la verdad en una atmósfera llena de nublados oscuros y de espesas brumas. Las emponzoñadas fuentes históricas que a él parecíanle purísimas, emporcaron con sus raudales la mayoría de los libros históricos de su siglo; y transmitieron parte de la suciedad a muchos de los posteriores, dando pie para que Cayetano Cenni, bibliotecario de la Vaticana, escribiese que la historia eclesiástica española es nuevo establo de Augías que solamente otro Hércules podría limpiar. ¿Cómo extrañar que en el siglo de su invención Pallares admitiera los engaños de los falsos cronicos si todavía

en el siglo XX los admiten o no los han desechado o no protestan contra ellos corporaciones muy respetables?

Uno, por ejemplo, de los más visibles y crasos es el episcopado lucense de San Capitón, prohijado antes que por nuestro autor por su cabildo. Pareciéndome que conviene enmendar todos los errores y que los introducidos en historia eclesiástica es lo mejor que los rectifiquemos los mismos eclesiásticos para que no nos acusen de ignorantes o embaucados nuestros enemigos, dediqué un trabajo a repetir lo que sabe quien no sea lego del todo en materias históricas. Obtuve un premio en público certamen; pero sin obtener que se variase nada, respecto al culto del titulado discípulo de Santiago y primer Prelado de Lugo, en aquella ilustrada ciudad y doctísima diócesis, donde se continúa haciendo a los clérigos rezar de San Capitón obispo lucense y oyen los fieles la Misa en honor del obispo lucense San Capitón. Dicho sea lo cual no en son de crítica de la autoridad eclesiástica ni del cabildo de Lugo, cuya conducta está abonada por razones de prudencia muy respetables, sino para defensa de quien fué el más ilustre quizá de los miembros de la corporación a que me honro en haber pertenecido.

Otra causa de existir en su historia tantas relaciones sin fundamento

es su mal entendido amor a Galicia, tan intenso, tan ferviente, tan constante, tan apasionado que yo le llamaría el *gran gallego* si no le hubiese dado a otro el mismo título. Como de la Magdalena dijo Cristo, se le debe perdonar mucho, porque mucho amó. El advertía: «Si no hubiere acertado con las noticias que propongo, no me arrastró, no, la pasión de patria propia». Así lo creyó sin duda, pero muy diferente cosa se ha de creer leyendo las páginas de su libro, Amaba tanto a Galicia que no podía mirarla con defectos y la veía con mayor hermosura aun de la que tiene y aumentadas sus grandezas y sus glorias. Por el man inmenso de toda erudición, así eclesiástica como seglar, lanzaba a velas desplegadas la nave de su estudio, y en cuanto algo descubría donde el nombre de Galicia honoríficamente constase se apresuraba a recogerlo, sin reparar a su solidez y fuerza, para emplearlo en el monumento erigido a las glorias gallicianas.

Pruebas de ello en cualquiera de sus páginas pueden encontrarse. Todos los pueblos rivalizaban por entonces en antigüedad. El hace que Noe venga a Galicia. Apenas existe diócesis por donde no pasara Santiago; pero en la de Lugo predicó además su padre, quien fué obispo de Mondoñedo. Si la Virgen vino en carne mor-

tal a las orillas del Ebro ¿hay razón para que no viniera también a las orillas del Miño? La imagen del Pilar de Zaragoza, traída por los ángeles, es posterior a la que se venera en Lugo, primera de España y de mayor parecido que ninguna con el original. A partir de la época apostólica, sigue buceando en la antigüedad para sacar a la superficie de su libro cuantas perlas y corales pudieran servir de ornato a Galicia, donde hace nacer Papas, Emperadores e ilustres personajes que muy lejos tuvieron la cuna.

Comparando unas con otras las glorias gallegas, dentro de su regionalismo exaltado triunfa el localismo y da la preferencia a lo que honra a Lugo. Así, por ejemplo, admite la verdad del voto a Santiago, pero afirmando ser más antiguo el voto a Santa María de Lugo, el famoso voto de los cornados, consistente en una moneda por cada dos bueyes, en tiempo del autor valuada en cinco maravedís, que debía pagar todo vecino en agradecimiento a haberse ganado por intercesión de la Virgen el gran combate del Castro de Santa Cristina.

Que Santiago Apóstol se apareció en una batalla peleando contra los moros y que agradecidos los cristianos hicieron voto de que entregarían anualmente una medida de trigo y vino a la catedral de Compostella donde se halla enterrado, es cosa eviden-

tísima que sin detrimento de la verdad histórica no puede negarse; y yo en el Senado, después de decir textualmente: «Me parece muy bien que se dé mucho dinero para Santiago y haciéndolo por voto me parece más meritorio», añadía, replicando a un Senador a quien parecía más y juzgaba inverosímil que el apóstol matara moros: «Santiago se ponía de parte de la religión y de la justicia, enviado por Dios para favorecer a sus devotos. No hay derecho para negar la Historia, y ésta nos dice que peleó en varias batallas auxiliando a los que luchaban por la santa fe».

En cuanto al diploma del voto, que otro canónigo lucense, Camino, habría de combatir en trabajo que mereció figurar entre las Memorias por la Academia de la Historia publicadas, el amor a su pueblo fué causa sin duda de que notara en él que se pone en el reinado de Ramiro I el combate de Clavijo, verificado en el de Ramiro II pues, cuanto más tarde se efectuase, mayor aparecía la antigüedad en que le vence el voto de que disfrutaba la catedral luguesa. Por lo que hace al tributo de las cien doncellas que, durante un siglo cabal, hasta que tuvo que descender del cielo el Apóstol para rasgar con su espada el pacto suscrito por la nación, entregaban anualmente, a cambio de la paz, los pundonorosos y aguerridos

cristianos a los serrallos de los musulmanes, cuya lujuria escogía entre las más guapas,—*excelsioris pulchitudinis*—a condición de que la mitad fuesen nobles y todas vírgenes, pareciéndole injurioso a sus antepasados, con el fin de salvar su buena memoria afirmó que fueron los asturianos solos los firmantes del contrato y que los gallegos resistiéronse siempre cuanto podían a cumplirlo. De vivir en nuestra centuria habría opinado como otro canónigo de la catedral de Lugo, el Dr. Portabales, quien en su Historia eclesiástica, de texto en muchos Seminarios, refiriéndose a las ramas de higuera que llevan en sus blasones los Figueroas por haber con palos de dicho árbol vencido a los moros en la batalla para librarse del tributo de las cien doncellas, escribe: «Con otras ramas menos quebradizas debían ser vapuleados los que inventan o administran tales patrañas.»

No se juzgue por lo anotado que se limitó constantemente a recoger, sin discreción ninguna, lo que de boca del vulgo o de plumas de historiadores salía. Aun en materia de milagros, donde la negativa le era muy sensible, sobre todo dándose por hechos en la región gallega, supo sobreponerse a ciertas opiniones vulgares y a lo que otros autores tuvieran como averiguado.

Baste recordar el comunmente creí-

do milagroso movimiento del Cristo colocado sobre la reja de la Capilla mayor en la Basílica lucense. Discursos corrían impresos y disertaciones se pronunciaron en la Universidad de Salamanca en demostración de tratarse de un verdadero milagro. Parllores, con todo, no lo admitía; consigna el hecho pero manifestando sus dudas para no creer sobrenatural el que la efigie se moviese cuando la campana sonaba. Fué en esto un precursor de Feijóo, que a echar por los suelos el pretendido milagro de Lugo consagró uno de sus eruditos trabajos de crítica. Aun refiriéndose al famoso milagro eucarístico del Cebreiro, no se atreve a asegurar que continúen las sagradas especies incorruptas, limitándose a decir que lo parecen.

Si no siempre supo distinguirse de los escritores sus coetáneos en la exagerada buena fe y en la excesiva facilidad para trasladar al escrito todo lo que se decía favorable a la religión y a la honra patria, lo propio le sucedió por lo que atañe al estilo. Leyendo cuantos libros podía tener a mano y predominando en los de su tiempo el más enrevesado culteranismo, mucho se le pegó de aquella laberíntica manera de decir obscuramente los conceptos más llanos y obvios. No se le puede, no, colocar entre los grandes escritores. Hay en sus estudios todos, y por singular ma-

nera en la Historia de Lugo, rasgos de insigne estilista, pasajes vigorosos llenos de luz y colorido; cuando escribe naturalmente, se transparenta hasta un punto que embelesa la sencillez de su carácter y la claridad de su entendimiento. Pero lo ordinario es que en dicha obra, ejecutada en lo más extremado de su ancianidad y sin que la muerte le dejase tiempo para corregirla, se reflejen los defectos propios de los escritores de aquella decadente época, agravados con el farrago pesadísimo de una erudición inútil e inoportuna.

No el modo de decirlo sino lo que dice es merecedor de alabanzas, para lo cual no existe realmente ninguna bastante. No se nota estar el trabajo «ingeniado con sumo artificio», como quería el censor; pero sí, según el mismo reparaba, «observar puntual los ápices de la relación verídica». Eso el autor se proponía y no, conforme advierte, escribir «apócrifos discursos, vendiendo por infalibles las verdades que sólo estriban en piadosas conjeturas, moneda corriente». Por eso pudo afirmar: «Lo que escribo he leído con algún desvelo en libros, historias, papeles antiguos y modernos, impresos y manuscritos, copiados de sus originales».

De *congojosa* calificó su tarea; pues pretendiendo que «el descuido de tantos siglos no triunfase en lo

adelante», y no ignorando que los documentos auténticos son los «testigos más fidedignos de las historias», se puso al «continuo trabajo y preciso empeño de revolver archivos, reconocer escrituras de mal formados caracteres y alcanzar su más verdadera y cierta inteligencia.» Los archivos de la Mitra, del Cabildo y del Ayuntamiento le fueron conocidísimos y viéronle años tras años ocupado en su estudio, cuyas dificultades, aridez, obscuridad y cansancio solamente puede ponderar quien a semejantes trabajos se haya dedicado.

Después de él, entendidos paleógrafos, con paciencia propiamente benedictina, transcribieron las escrituras de la catedral lucense, facilitando así mucho el poder consultarlas. Sin personas técnicas o peritas al frente de los archivos, con la atención única o preferentemente a conservar en buen estado los papeles y pergaminos por donde se probara la pertenencia de fincas y derechos reales, se entraba como en un caos en tales dependencias, y el hacer o sacar de allí luz obra era más que humana. Nadie había bajado a las minas de donde tan ricos tesoros podían extraerse. Fué Pallares quien primero se aventuró por sus oscuros corredores e intrincadas galerías; y no contento con sacar de sus filones materiales abundantísimos, los labró y ordenó y eri-

gió con ellos el primer monumento, el único con que aún cuenta, a la Historia de Lugo.

En su libro recogió noticias dispersas, de valor inestimable, que sin su diligencia y solícitud habrían perecido. Si las fuentes de donde él las tomó, estuvieran como entonces, lo que él hizo podría hoy con más facilidad y perfección hacerse. Pero los archivos lucenses que ya en su tiempo habían experimentado sensibles pérdidas, otras enormes, verdaderamente irreparables, sufrieron después, por multitud de causas cuya exposición fuera prolija. Esta sola consideración da a su obra un valer nunca suficientemente apreciado.

Sería injusto quien lo aquilatase prescindiendo de las circunstancias de su época, en que tan decaídos se hallaban los verdaderos estudios históricos, y con tan poco respeto se miraban los fueros de la crítica, y no habían aparecido los gigantes constructores de la España Sagrada, sobre cuyos hombros subidos podemos ahora percibir muchas de las verdades que en otro tiempo entre nubes y brumas se hallaban envueltas.

De los trabajos del humilde canónigo se aprovecharon escritores muy notables, y el propio Risco no una vez sola relata los hechos con casi idénticas palabras. Hoy mismo quien haya de escribir sobre historia de

Lugo no puede menos de consultar la que él publicara, aunque en realidad no sea sino un conjunto de monografías unidas y enlazadas por la devoción a la patrona de los lugueses; porque mucho de lo que allí se lee en ninguna otra parte se encuentra, y bajo la fe de su honrada palabra ha de admitirse que se refería a instrumentos auténticos fidedignos. Fray Bernabé Cano informaba al Real Consejo de Castilla acerca de esta obra: «Deben, sin duda, su Ciudad e Iglesia estimar y agradecer su estudio y trabajo, que puso en buscar, juntar y amontonar tantas excelencias y grandezas suyas, al cual se deben y por quien al presente reciben nuevo ser y esplendor». Y puede añadirse y conviene repetirlo para que el deber de gratitud aparezca más claro, que tales excelencias sin su labor en buena parte quedarían sepultadas en el olvido por no llegar hasta nosotros los documentos donde constaban, por él examinados con singular pericia y que su humildad afirma haberlos hallado «muy acaso» y sin buscar tal ventura.

Cuéntase que al tener recogidos todos los datos para escribir la historia, le acometió una enfermedad tan grave que creyéndole los médicos difunto se le amortajó y metió en el ataúd y se preparó el entierro, no sin que al perder el sentido invocara con grandes voces a la Virgen pidiendo

le consiguiera el espacio de la vida suficiente para terminar la obra; y que recobrada de pronto la salud vivió el tiempo puramente preciso para ponerle fin y remate. Por los puntos de la pluma asoma su satisfacción y alegría en la dedicatoria con que la ofrece al Obispo y Cabildo, para que, dice, «propicios la favorezcan por el riesgo a que se expone en la peligrosa fortuna de varios juicios». Hijo el más amante de Lugo, habiendo consagrado a su prosperidad y honra todos los instantes de su tiempo, todos los latidos de su corazón, todas las luces de su inteligencia, se consideraba feliz por dejar de su cariño filial un monumento que diese de él testimonio ante las generaciones futuras.

De otros intentos, trabajos y sacrificios suyos por el bien y por el honor de su pueblo, no queda sino la memoria. Perenne se halla, sí, para encanto de la vista y aumento de la devoción, el costoso ornato de la Capilla de Santa María de las Victorias, vulgarmente llamada de los Ojos Grandes; pero nada más prueba que fué rico y de sus riquezas sabía hacer buen uso. En su monumento literario de la Historia Lucense está el trabajo propio, no el ajeno; entregó, no dinero, tiempo, que valé más que el oro; hizo conocer las grandezas del pasado de la catedral, lo que fué mucho más que añadirle una labor artística.

Cuando la obra de su munificencia se haya destruido con el templo del que es orgullo, la obra de su pluma, confiada a la fragilidad del papel, subsistirá, llena de robustez y de juventud, desafiando a los siglos y mostrando lo que fué la edificación que, no obstante su fortaleza, los siglos no respetarán.

Ciertamente, la consideración del bien que hacía a su iglesia y a su pueblo, junto con la merced que de la misericordia divina por su rectitud de intención esperaba, eran más que suficiente estímulo para lanzarse a la empresa y hasta llevarla a feliz término no levantar la mano, sin cuidarse de cómo se lo estimarían los que se aprovecharan de sus vigilijs y desvelos y los que del fruto de sus tareas recibiesen nuevo lustre por glorias tantos siglos ignoradas.

De ningún modo necesita él nuestros homenajes, que o no percibe o ya no le interesan. Pero necesitamos sus admiradores dar expansión a nuestros afectos, importa a los hijos de la región gallega, particularmente los de Lugo, probar una vez más que son agradecidos. El honor en este caso más es para quien lo da que para quien lo recibe.

Y no será sin positivos resultados provechosos. Mostrándose de nuevo que Galicia es tierra como ninguna otra fértil para corresponder a los su-

dores y trabajos de los que cultivan sus letras o su historia, más se animarán los hombres de talento a consagrarle sus estudios e inspiraciones para prosperarla y enaltecerla.

Lo que de vosotros, señores, dependía, habeis, y con creces, hecho. Franqueásteis este magnífico salón para que en él se pronunciase honoríficamente el nombre del primer historiador de Lugo; tuvisteis paciencia para escuchar un discurso que sólo tenía de bueno la intención de elogiarle, y antes me cansé yo de hablar que vosotros de prestar atención. La ciudad que le llama hijo; el cabildo de que fué miembro; la región por cuya honra trabajó tanto, deben estaros agradecidos; y yo por mi parte tengo mucho gusto en tributaros ahora las gracias debidas.

*Omnia sub correctione Sanctæ
Romanæ Ecclesiæ.*

Libros del autor, presbítero

- La exposición continua del Santísimo (1892).
Las aras de la Catedral de Lugo (1892).
El Pontificado (1892).
El Darwinismo y la ciencia (1893).
Historia del culto eucarístico en Lugo (1894).
El Monasterio de Samos (1894).
Historia de la enseñanza en Lugo (1894),
obra premiada.
El gran gallego (1894), obra premiada.
Los Benedictinos de Monforte (1895), obra
premiada.
De la región gallega (1897).
El señorío temporal de los Obispos de Lugo
(1897); dos volúmenes, obra premiada.
Las poesías de Feijóo (1899).
Los escritos de Sarmiento (1902).
Argos Divina (1902), obra premiada.
El Derecho español en sus relaciones con
la Iglesia (1902), obra premiada. (4.^a edición,
1917, 5 pesetas).
El Obispo San Capitón (1903), obra pre-
miada.

Libros del autor, siendo Prelado

- La censura eclesiástica.—Un tomo en 8.^o;
2 pesetas en rústica y 3 en tela.
Los daños del libro.—Un tomo en 8.^o, 3'50
pesetas.
Estudios canónicos.—Un tomo en 8.^o, 3 pe-
setas en rústica y 4 en tela.
La importancia de la prensa.—Un tomo en
8.^o, 2'50 pesetas en rústica.
De la Diócesis del Sacramento.—Un tomo
en 8.^o, 2'50 pesetas en rústica y 3'50 en tela.

La Cruzada de la Buena Prensa.—Un tomo en 8.º, 3'50 pesetas en rústica y 4'50 en tela.

Sermones.—En 8.º, 4 pesetas en rústica y 5 en tela.

Injusticias del Estado español.—En 8.º, 6 pesetas en rústica y 7 en tela.

El Clero en la política.—Un tomo en 8.º, 3'50 pesetas en rústica y 4'50 en tela.

El Presupuesto del Clero.—Un tomo en 4.º de cerca de 400 páginas, 1 peseta en rústica y 2 en tela.

San Froilán de Lugo (siglo IX).—Un tomo en 8.º, 3'50 pesetas en rústica y 4'50 en tela.

Vida póstuma de un santo.—Un tomo en 8.º, 3 pesetas en rústica.

Los siete pecados capitales.—Un tomo en 8.º, 2'75 pesetas en rústica y 3'75 en tela (impreso en Alemania).

Por la Iglesia española.—Un tomo en 8.º mayor, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

Sádaba.—Un tomo en 8.º, 2 ptas en rústica.

Los trabajadores en el periodismo católico.—Un tomo en 8.º, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

La Vida de la Virgen.—Un tomo en 8.º, 3 pesetas en rústica y 4 en tela.

La lucha contra la usura.—Dos pesetas, en tela.

El culto de María.—Cuatro pesetas.

EN PRENSA

Las mentiras del alcohol.

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número... 2968 | Precio de la obra.....

Estante... 63 | Precio de adquisición

Tabla... 3 | Valoración actual.....

Número de tomos..

29

1958